

**PARA NO MORIR TAN SOLA(S).
REVOLVER EL TIEMPO Y HACER MUNDOS OTROS CON LA ESCRITURA
TRAVESTI DE CLAUDIA RODRÍGUEZ¹**

Panchiba F. Barrientos

I

Unidas por un hilo invisible que les reúne en un lugar que no es completa o solamente ahí, un grupo de personas escapa por unos minutos del ritmo acelerado y ruidoso de las calles de Santiago para subir una escalera de piedra empinada que, con un gesto casi mágico, las proyecta en el centro del segundo piso de una casona antigua en la calle San Francisco. En este rinconcito separado del suelo, pero no del mundo, juntas nos transformamos en otra cosa y hacemos vibrar con nuevas frecuencias el tiempo que nos toca, porque otros antes en otros tiempos han puesto en marcha rituales parecidos.

Juntas somos una legión autoficcionalada y contingente, articulada por la invitación que nos hiciera la letra y la voz de Claudia Rodríguez que con su escritura travesti y su nuevo libro *Para no morir tan sola*, nos vuelve encuentro y nos reúne para armar juntas un presente nuevo, feble y acaso paralelo, que existe únicamente en un aquí y ahora que nunca llegará a ser solo uno.

Sabemos que este nuevo tiempo se extinguirá apenas volvamos a cruzar la puerta, pero eso no nos desalienta. Al contrario, nos dejamos llevar por él y lo celebramos, porque difuso e ilusorio como es, está cargado de memorias, deseos, amores, diferencias y rabias que nos vuelven algo así como una comunidad suspendida. Aquí, estamos hilvanados en la provocación de tiempos nuevos, pero también de esos otros que antes han hecho nuestras historias, tramas y cotidianidades LGBTIAQ+ y que nos cargan de memorias que nos siguen rondando quizás porque tratamos de soltarlas demasiado rápido, como si ya se hubieran resuelto; porque muchas veces las ignoramos mirando hacia otro lado, aunque es de justicia que sean contadas; o porque solos, y también con otros, aun no las hemos llorado o celebrado lo suficiente.

Hasta hace poco este cuerpo informe y dudoso que ahora somos no era más que un conjunto potencial de cuerpos que se movían de distintas formas por la ciudad para darse cita aquí. Seguramente algunos iban lento; otros con dudas; quizás otros más con algún dolor; acelerados; tristes o alegres; movidos por el frío; despistados; relajados; miserables; caminando; silbando; o necesitando algún tipo de ayuda, apañe o consuelo. Ahora por unos minutos, estando juntas aquí, nos miramos y nos abrimos a la peligrosa posibilidad de dejamos tocar por el despliegue de unas experiencias que aunque no sean completamente coincidentes con las nuestras, igualmente nos

¹ Texto leído en la presentación del libro *Para no morir tan sola*, de Claudia Rodríguez, realizada en la Librería Proyección el 26 de julio de 2023 en la ciudad de Santiago.

remecen. Porque cuando Claudia Rodríguez nos habla desde sus letras travestis, nos susurra al oído palabras y preocupaciones que son capaces de hacernos vibrar.

II

Dos lesbianas y una travesti entran a una librería, se miran, se abrazan y cariñosamente se sientan a conversar para hacerse preguntas difíciles. Estar reunidas en esta mesa con Claudia y Zicri, aquí en la Librería Proyección para hablar de *Para no morir tan sola*, es un gesto que nos abre rutas para explorar la posibilidad de imaginar un mundo otro en que las distancias que históricamente han separados a parte de los mundos LGBTQA+ y de los horizontes feministas se tensionan, cuestionan, resignifican, revisan y cambian.

Es lindo este encuentro, porque es más que solamente el lanzamiento de un libro. Encontrarse aquí es raro y nos obliga a pensar en una serie de preguntas que quizás necesitamos hacer con más frecuencia: ¿Qué significa estar juntas? ¿Qué hace falta para encontrarnos? ¿Qué significa mirarnos y qué es imaginar una comunidad? ¿Qué se necesita para construir distintas formas de un nosotros desde las que sea posible desafiar los marcos de las identidades rígidas que tantas veces nos han separado? ¿Por qué necesitamos hacerlo?

Claudia Rodríguez se pregunta constantemente de qué tienen que hablar y de qué pueden escribir las travestis. Creo que retomando esa provocación y aprovechando la posibilidad de este encuentro, convendría preguntarnos de qué podemos hablar juntas hoy nosotras aquí. Es decir, qué pasa cuando nos encontramos y reconocemos como lesbianas, travestis y feministas cargando nuestras diferencias y, desde ahí, nos lanzamos a la tarea de intentar un diálogo abierto a la escucha.

No tenemos que ser iguales, no necesitamos eso. Somos diferentes. Tenemos puntos en común y, también, otros que nos ubican en coordenadas que quizás nunca lleguen a toparse. Estar aquí invitadas por Claudia cargando nuestras historias que son distintas aunque nos han ido cruzando muchas veces en los últimos 10 o 15, marca la posibilidad de pensar y dejarnos tocar por interpelaciones y preguntas que quizás hasta hace poco tiempo hubieran sido más bien imposibles: porque no teníamos tantas palabras como ahora; porque decirlas costaba tanto; porque muchas se han creído a pies juntillas que nuestras diferencias tienen que ser también distancias; porque las identidades y los silencios a veces nos pesan mucho y nos separan; porque no siempre nos vemos; porque escribir era algo que hacían otros; y porque el peligro de hablar de ciertos temas nos ronda fuerte.

Me gusta imaginar que juntas aquí no solamente estamos hablando de un libro y de la letra porfiada de Claudia Rodríguez, sino que de cierta forma hacemos fuerza para ayudar desmoronar esas barreras que han separado a las lesbianas y las travestis durante décadas y que hoy, en Chile y en otros territorios, se reactivan peligrosamente a través del preocupante resurgimiento de los discursos antitrans de las TERF. Que muchas veces se imaginan activistas, aun cuando bajo su égida solo se escupen odio, expulsión, silenciamiento y muerte.

III

Claudia Rodríguez escribe en la pandemia y desde ese tiempo que nos arrasó y del que pareciera ser que nos resistimos a hablar colectivamente, nos invita a pensarnos hoy y a mirar nuestras historias atendiendo a distintos tiempos, preocupaciones y miedos. Miedo es una palabra que atraviesa al libro de Claudia como una palabra terrible, pero también como algo que se rompe cuando descubrimos caminos para encontrarnos con otros y nos dejamos tocar por esos encuentros.

Vivimos en un país demasiado estrecho. Chile a ratos se cae a pedazos y otras veces se vuelve avalancha, pero al final parece que de una u otra forma termina siempre atusado por el miedo que nos legó la dictadura y los horrores que hemos enfrentado en los tiempos nuevos y viejos.

En Chile pareciera ser que hoy todo el mundo tiene miedo. Los discursos de la inseguridad; la sanción de la diferencia; y la expulsión como estructuras de cierre y ordenamiento de lo posible, nos calan hondo como sociedad y se nos meten dentro, señalando nuestras rarezas como carencia e imposibilidad.

Ese mismo miedo nos roba las palabras, nos impide encontrarnos y nos hace desconfiar unos de otros, obligándonos a hacer exigencias imposibles que verificamos siempre con hambre de encontrar un fallo.

Pero por suerte algunas de nosotras son valientes y escriben sobre temas difíciles, lanzándose a contar historias para inundar el mundo cuando el tiempo es poco y los silencios son muchos. Claudia Rodríguez es una de ellas, levantando su voz desde la cotidianidad, la rabia, la pena, la experiencia del covid, la muerte, sus historias activistas y la magia. Esta autora nos abre sus espacios más íntimos, al tiempo que nos habla de ese país contradictorio y doloroso que solamente en 3 años -pandemia de por medio- pasó del Estallido social, al Octubre y del señalamiento burlón de las 3 comunas del rechazo, al plebiscito del 62% que marca la última curva de esa inagotable ruta de los acuerdos en la medida de lo posible, que hoy a 50 años del Golpe de cívico-militar, nos amenaza ya no simplemente con la inacción, sino lisa y llanamente con décadas de retroceso político en los más diversos ámbitos.

Chile da miedo, es verdad, pero no se puede pasar por alto que actualmente el auge de las ultraderechas y de los movimientos reaccionarios, que buscan hacer frente a los avances alcanzados a la fecha por los activismos feministas y LGBTIAQ+, es un asunto planetario que se repite en distintos países y regiones. Los avances de las fuerzas reaccionarias en el mundo, asustan y sobre ellos debemos mantenernos en estado de alerta.

Sin embargo, es imposible dejar de pensar que el miedo no es el mismo para todos. No se trata de un afecto que pueda imaginarse como una línea recta ni como un camino de una sola vía. Es una cuestión múltiple, porque múltiples son las experiencias que nos hacen y las experiencias que vivimos.

Me resulta desgarrador y, también, me da rabia pensar que eso que podría asustarnos a nosotros los reunidos aquí al alero de la celebración de la escritura travesti de Claudia Rodríguez o que, más bien, seguramente más de alguna vez como sujetos ligados a los mundo LGBTIAQ+ nos ha asustado hasta los huesos, no asusta a todo el mundo. El miedo y la rabia no se distribuyen de manera igualitaria, porque sabemos -como tantas veces hemos escuchado decir a Judith Butler²- que hay unos cuerpos y unas vidas más posibles que otros y que habitan el mundo de modos distintos dentro de los márgenes mayoritarios de lo posible. Y, justamente, es por eso que nos juntamos y nos buscamos entre letras, susurros y cariños.

Sabemos que muchos de nuestros miedos no se cruzarían, quizás, ni por un segundo en la cabeza del mundo hetero-cis-normal-compulsivo-blanqueado-patriarcal-y-excluyente que sigue su curso, haciendo como si las violencias que nos atraviesan de forma múltiple por lesbianas, maricones, travestis, raros, racializados y sujetos marcados por la clase, no existieran.

Muchas veces tenemos miedo de lo que es distinto y de reconocer que somos diferentes. Miedo a lo que falla o a fallar. Miedo a lo que cargamos con nosotros, pero que no sabemos nombrar. Miedo a la traición y, entonces, miedo también a la apertura, al roce y al encuentro con otros. Miedo al silencio o a los amantes del escándalo. Miedo a perder o a perderse. Miedo a las historias que escuchamos sobre otros o sobre nosotros mismos. Miedo a los monstruos que nos dicen que somos, porque frente a eso nos cruzan torbellinos de un lado y de otro. Miedo a morir solos o pobres o a golpes en una esquina cualquiera, porque miles de veces escuchamos que ese fue el destino de otros como nosotros, antes nuestro y en tantos tiempos, lugares y circunstancias diferentes.

En *Para no morir tan sola*, Claudia Rodríguez habla del miedo y de la muerte de muchas maneras diferentes. Insiste en ellos una y otra vez. Los nombra a ratos como hechos consumados y otras veces los señala como una posibilidad que se abre como un abismo capaz de tragarnos sin mucho esfuerzo.

Me resulta interesante pensar que frente a estas reflexiones reiteradas sobre la muerte y el miedo que nos propone la autora, quizás un lector poco habituado a pensar en las amenazas y expulsiones que se ciernen vidas LGBTIAQ+ o en los indicadores sociodemográficos que han marcado gran parte de las experiencias travestis de las últimas décadas en nuestro continente -y que siguen sin haber cambiado radicalmente al día de hoy- podría detectar un espíritu de época. Y señalar que como todo el mundo estaba hablando de la muerte en la pandemia, que la escritura travesti de Claudia Rodríguez recale en ella no marca ningún quiebre interesante.

Sin embargo, lo que vemos en la obstinación de esta autora con la muerte es distinto. Es verdad que en *Para no morir tan sola* hay reflexiones sobre la muerte, el miedo y el Covid, pero lo que se propone en este libro va más allá de la pandemia, porque se juega en muchos tiempos diferentes que se cruzan. Este libro rescata memorias que se desmarcan de las experiencias de lo mayoritario, poniendo en el centro la experiencia

² Judith Butler (2006). *Deshacer el género*. Madrid: Paidós.

travesti, el deseo, la identidad, el género, la sexualidad, la enfermedad, la violencia, el activismo y los intentos de articular comunidades afectivas y de cuidados que desbordan las normas.

Leyendo *Para no morir tan sola* queda claro que la muerte no es se agota en un acto finito, sino que, más bien, es algo que se proyecta como una promesa de un tiempo otro. Morir es el acto de la vida que se acaba, la muerte, por el contrario, es la promesa de que finalmente todas las vidas habrán de acabarse. Sin embargo, es también la constatación de que no sabemos nada sobre el tiempo en que deberemos enfrentarnos a ese fin. La muerte entonces, abre la posibilidad de un mañana, potencialmente distinto al hoy.

Si tal como dice Catherine Malabou, “la muerte tiene todavía que sobrevivir, tiene que ocurrir [y] encontrar su posibilidad”³, es posible observar que lo de Claudia Rodríguez con la muerte no es solo el rastro de un espíritu de época marcado por la Pandemia y el miedo a los efectos del Covid.

Si la muerte tiene que encontrar su camino para llegar a acaecer, en la escritura de Claudia Rodríguez hablar de ella se transforma ya no sólo en su constatación radical, sino que puede pensarse como un gesto de resistencia y denuncia, que abre preguntas en torno a sus estructuras de distribución y anclaje. Es decir, hablar sobre la muerte se abre como una posibilidad crítica que busca ampliar los contornos y horizontes de posibilidad que marcan las vidas LGBTIAQ+ en general y las de las travestis en particular.

La muerte, aquí, aparece como una línea abierta a la potencia del acontecimiento, que es capaz de dispararse allí donde hay un lugar para la aparición de la diferencia. Así, si la vida se repite día a día hasta que muere, la muerte como promesa inacabada es la apertura a que la repetición de la vida falle, la posibilidad de que todo cuanto conocemos cambie. Así, pensar en la muerte e insistir en ella, aunque nos resulte doloroso, es pensar que existe un futuro y que en ese otro tiempo por venir, aquello que ha ocurrido de una forma puede ser distinto.

IV

Podría terminar la presentación del libro de Claudia con estas ideas e invitarles a leer *Para no morir tan sola*, diciendo que pese a que el texto habla de cosas difíciles y que nos duelen, también, por momentos, me ha hecho sonreír y me ha provocado alegría. Todo podría, entonces, terminar aquí. Sin embargo, mi amor por los perritos me lo impide.

Tengo que seguir escribiendo un poco más porque no puedo dejar de hablar de Marilyn, la compañera canina de Claudia. Esto es importante por dos razones: la primera es que me muero por conocerla y la vez que estuve más cerca una gripe horrible me lo impidió,

³ Catherine Malabou (2018). *Ontología del accidente. Ensayo sobre la plasticidad destructiva*. Santiago: Pólvora Editorial, p.57.

así que nombrarla aquí me hace sentirla más cerca. La segunda, es porque ella en la escritura de Claudia me hace pensar, así como la muerte, en la fuerza de esos gestos que guardan en sí la potencia de hacerle grietas a los mundos que habitamos y que nos hacen. Marilyn, con sus cuatro patas, sus poderes mágicos y su color chocolate, también es una promesa de un mundo otro.

Claudia Rodríguez comparte su vida, cotidianeidad y preguntas con la perra Marilyn, que se vuelve un poco loca cuando sale de paseo y que tiene un nombre de escándalo que es, al mismo tiempo, una fiesta y una apuesta por la provocación. Marilyn en la boca travesti no es cualquier nombre, marca una línea de fuga y un giro *queer* que se apropia de una de las imágenes ícono del siglo XX, volviéndola algo distinto. Si Norma Jeane Mortenson se hizo un nombre propio bautizándose a sí misma como Marilyn Monroe, al tiempo que dejaba de ser trabajadora de una fábrica para convertirse primero en modelo pin-up y luego en figura indiscutible de la historia del cine y la cultura pop, Claudia Rodríguez retoma ese gesto, lo tuerce y lo vuelve orgullo, eligiendo el mismo nombre para su compañera canina.

Ponerle Marilyn a la Marilyn es robarse uno de los emblemas centrales de la construcción del deseo masculino de los últimos 100 años y tensionar su articulación simbólica al servicio del consumo. Nombrarla así es reapropiarse de los códigos heterocis-normativos obligatorios para torcerlos, recordándonos otras interrupciones sexo-género-disidentes en las que el rapto de los horizontes pop se abre paso para crear nuevos imaginarios y culturas públicas que luchan por hacer posibles nuestros horizontes LGBTIAQ+ y cargan en sí un potencial movilizador.

Ponerle Marilyn a la Marilyn es disputar una imagen volviéndola kitsch y quitársela de las manos a las tropas, a los hombres heterosexuales, al mercado, a los medios y a las marcas, para volverla una copia fallida -alegre y de cuatro patas- que al enunciarse desplaza a su original y lo vuelve otra cosa totalmente nueva: chiquitita, tierna, cotidiana, canina y rabiosa.

Me imagino a la Claudia caminando por el parque bajo el sol tibio de un día de primavera y llamando a su perra en una plaza con la voz fuerte y clara. La pienso gritándole -Marilyn, Marilyn- y sonrío conmovida pensando que necesitamos con urgencia vivir mundos en que las travestis puedan salir a las calles a pasear bajo el sol y a gritar los nombres de los animales que aman, sin preocuparse por nada más que por querer mostrarles los parques y sin tener que estar alertas o mirando para todos lados, preocupadas por la hora o los vecinos. Y claro, soy consciente de que acabo de decir travestis, pero estoy pensando aquí también en las lesbianas, las camionas, las maricas, las personas no binarias y todo el espectro de seres y sujetos raros que, entre diferencia y diferencia, alguna vez han tenido que hablar bajito, pasar piola o esconderse, porque el mundo para nosotres muchas veces se siente imposible, aterrador y cargado de peligros.

Hay tantas formas de resistencia y gestos de justicia para desafiar las normas desde la cotidianeidad, lo íntimo y lo colectivo. A veces escribimos, nos abrazamos, marchamos y nos juntamos solo por querer estar juntas. Otras veces miramos de frente a nuestros

compañeres animales y gritamos sus nombres con fuerza y orgullo, porque ese es también puede ser un gesto para desafiar lo imposible.

Pienso en Marilyn y en Claudia paseando, dejándose tocar por el viento, mirando plantas y escuchando los sonidos de una ciudad que, cuando sus miradas se cruzan, se detiene un poco. Ojalá cada vez más, en todas las plazas y las esquinas de nuestras ciudades, haya *Marilyns* que, con sus caritas alargadas, sus ojitos alegres y sus nombres bien puestos y dichos por las voces correctas, reivindiquen nuestras memorias y genealogías de resistencia con la fuerza imparable de ese deseo de futuro que se desprende a raudales de la escritura travesti que hoy nos ha convocado acá de puño y letra de Claudia Rodríguez.